

Creo en un Socialismo sin Excesos: Cortázar

- Habla el Autor de 'Rayuela' de su Crisis de Conciencia
- EU, un Peso Completo Golpeado por Varios Pesos Mosca

Por Emmanuel CARBALLO

Prohibida su reproducción parcial o total

-I-

De paso por México (su visita fue muy corta), Julio Cortázar se asomó a la inauguración de un congreso de periodistas, convivió con sus amigos y puso término a un nuevo viaje por las Antillas, Centro y Sudamérica. El tiempo no pasa por él, parece un cincuentón amuchachado y lleno de vida. Sus viajes, sobre todo en los últimos años, tienen que ver con la política, una política entrañablemente ligada con la ética y la solidaridad con los hombres que sufren en carne propia la injusticia y con la mayoría de los pueblos nuestros, de América Latina,

que en vez de vivir en la libertad viven en la opresión y la dictadura. Cortázar es, en nuestros días, el caso más típico y admirable de escritor que sin olvidar su oficio (y practicarlo con rigor) dedica buena parte de su vida al servicio de los demás. No es un hombre de partido, es un hombre de buena voluntad. Por si alguien lo ignora, y creo que no, es uno de los tres más grandes novelistas actuales de lengua española. En esta conversación mis preguntas persiguen un solo objetivo: indagar cómo y de qué modo Cortázar pasa de hombre despreocupado, egoísta, a ser

un hombre que lucha por las causas más legítimas de nuestro tiempo.

EC.— Como la mayor parte de tu generación, imagino que veías el peronismo, en tus años de juventud, como una prolongación del fascismo italiano, alemán, más italiano que alemán, como un ataque a la inteligencia... ¿Hasta qué punto tu ida a Europa es una fuga ante el triunfo de la masa? ¿Hasta qué punto tu posición política era, en ese momento, una posición política reaccionaria?



Julio Cortázar

JC.— Tu pregunta la contesto afirmativamente. Es así, e incluso un cuento mío, "Casa tomada", ha sido interpretado como una especie de reacción inconsciente frente al avance de la masa peronista. Eso no figuraba en mis intenciones al escribir el cuento, pero la mayoría de las cosas que hacemos no están entre nuestras intenciones, se abren camino por debajo, por caminos subconscientes. De modo que sí, lo que acabas de decir es exacto. Yo participé de ese punto de vista. Me parecía que el peronismo era un atentado contra la cultura, la inteligencia, una especie de desbordamiento de lo chabacano, de lo vulgar, de lo grosero, sin ninguna contrapartida que pudiéramos calificar de revolucionaria, y en verdad que en esto último no estaba equivocado.

EC.— Algo curioso. Tú fuiste la persona que puso en órbita a un gran escritor argentino peronista, Leopoldo Marechal. Si descubres el **Adán Buenosayres**, no descubres en la posición política de Marechal algún aspecto que pudiera considerarse positivo.

JC.— Fíjate que no, e incluso si tú lees con atención aquella nota sobre **Adán Buenosayres**, de la que estoy tan contento de haber escrito, verás que hay un par de párrafos bastante duros sobre la persona de Marechal, a quien considero un tráfuga, incluso un traidor. No lo digo así, desde luego, pero está implícito. Es decir que me asombró su talento, me pareció un libro genial en muchos aspectos, pero no lo asocié con su conversión al peronismo. No establecí la menor relación válida entre la obra y el autor.

EC.— ¿Y ya en Europa, al meditar con más objetividad sobre la Argentina cambiaste de posición, o ésta cambia cuando viajas por primera vez a Cuba?

JC.— Mira te voy a decir que todo se basa en una especie de anécdota, y es bastante curiosa. Yo no medité lo suficiente sobre mi país, en Europa, al comienzo, porque estaba demasiado absorbido por esa experiencia arrolladora que fue Francia y el mundo europeo y que se refleja en un libro como **Rayuela**. Es decir que siendo yo profundamente argentino, lo que se nota en el libro, no había meditado sistemáticamente sobre el país. El cambio ocurrió cuando empecé a interesarme en la Revolución Cubana, gesta que me tocó de una manera diferente. Es decir, por primera vez no leí esas noticias como leía las demás noticias, como de más muchacho había leído las noticias sobre Sandino, por ejemplo; simplemente como telegramas, y con una vaga simpatía intelectual. No, la Revolución Cubana me tocó de una manera más directa. Se me presentó la oportunidad de ir, y fui. Aquí viene la anécdota. Cuando llegué a La Habana, unos cuantos días después, hubo uno de los grandes desfiles, rematado con un discurso de Fidel. Cuando vi esa enorme masa en la calle, escuché las consignas, las canciones, vi las banderas, las pancartas, de golpe me dije: bueno, esto que hoy me parece maravilloso aquí, hace veinte años, en la Argentina, me producía verdaderas crispaciones estomacales y me refugiaba en la última habitación de la casa para no escuchar a la masa que vociferaba en la calle. Y allí, en La Habana, comenzó la reflexión. Empecé por preguntarme si tanto yo como la gente de mi generación no habíamos pasado junto a un fenómeno histórico, el peronismo, sin darnos cuenta de sus características y propósitos. De todas maneras hay algo en lo que no he cambiado, y es en el hecho de que esas manifestaciones peronistas en la Argentina no respondían en absoluto a lo que respondían las manifestaciones que vi en La Habana en el 61. Es decir que el peronismo me parecía, y creo no estar equivocado, un movimiento sin la menor ideología coherente, manejado con una demagogia perceptible desde un balcón.

EC.— Era difícil entender, en esos años, algo que a veces iba más allá del populismo y parecía verdadero cambio de estructuras.

JC.— No, no, pero yo creo que Juan Perón tampoco lo entendió. Tuvo la posibilidad de hacer una revolución y no la hizo.

EC.— No quiso hacerla.

JC.— Pero, ¿por qué?

EC.— Porque no tenía los tamaños y carecía de ideología. Sin embargo cumple el papel histórico de concientizar a la masa obrera, de entusiasmar, incluso, muchos años después, a una generación que no lo conoció sino a través de los recuerdos de sus padres. Y ante el desastre de los gobiernos militares y civiles, era el sueño dorado, el paraíso.

JC.— Sí, eso es lo que se nos escapó a nosotros. Pero en imágenes como las que tú empleas, sueño dorado y paraíso, está contenida la debilidad de Perón, porque no debió de ser ni un sueño dorado ni un paraíso, debió de ser un hombre que encauzara a su país por un camino. Si él no quería la revolución, al menos pudo crear las condiciones para el futuro, y no las creó.

EC.— Entre el Perón del 45, el del destierro y el del último gobierno, ¿qué diferencias adviertes?

JC.— En lo fundamental, en lo que se refiere al hombre, no noto ninguna diferencia como no sea el apagamiento físico del último tiempo. Es decir la



falta de esa fuerza magnética que le permitió dirigir años. El último Perón era un viejito enfermo que volvió; además, eso es una hipótesis mía, volvió con muy pocas ganas.

EC.— ¿Crees que hubiera muerto más contento en Madrid que en Buenos Aires?

JC.— Si no hubiera vuelto, creo que estaría vivo. A él lo mató la presión de la responsabilidad y descubrir que ese país ya no era el país que había dirigido veinticinco años atrás. Se encontró con cambios no previstos y que no pudo superar.

EC.— ¿La vida partidista en Francia, en París concretamente, de tus amigos franceses y latinoamericanos vecindados en Europa, no ayudaron que tus preocupaciones por las letras y las artes confluyeran en la política, que te interesaras por la teoría y la praxis?

JC.— No, yo creo que mi interés teórico por la política nace de un sentimiento de responsabilidad, es decir cuando acepté como positivo el fenómeno de la Revolución Cubana y empecé, en la medida de mis fuerzas, a colaborar con ella. Era lógico que ya no podía quedarme en el plano ingenuo en que viví hasta entonces. Traté de leer, de documentarme, de formarme una pequeña cultura política, que sigue siendo muy pequeña porque yo me manejo a golpe de intuición y meto mucho la pata.

EC.— ¿Para ti la Revolución Cubana fue lo que pudo ser para escritores de otros años la Guerra Civil española, un detonante que te permitió pasar de la indiferencia al compromiso?

JC.— Sí, pienso que sí. Pienso, además, que la palabra detonante es muy justa. Un fenómeno como la Revolución Cubana entendido por un hombre que trata de ser honesto consigo mismo y con su trabajo de escritor es una experiencia catártica, una experiencia interior que obliga a revisar puntos de vista, a destrozarse torres de marfil y a plantearse problemas que llevan muchas veces a grandes polémicas. Es decir, creo que el mejor aporte que un hombre como yo puede hacer a una causa revolucionaria es no matar del todo al hombre viejo y no ceder a las fáciles demagogias, en el sentido de la aproximación por vía literaria al pueblo. Yo creo que cada escritor escribe desde una cierta óptica y desde una cierta perspectiva para llegar a ciertos lectores. Si traiciona esta manera de comportarse por motivos de tipo político está condenado a fracasar como escritor. No conozco el caso de alguien que se haya salvado en este plano.

EC.— De tu primer contacto con Cuba, cuando colaboras con la Casa de las Américas y formas parte del consejo de dirección de la revista, a ahora, han sucedido hechos que han apartado, quizá para siempre, a muchos escritores de la Revolución Cubana. Tú, entre tanto, sigues firme, estás del lado de la Revolución, pese a ciertos malentendidos ya superados. ¿Cómo explicas tu postura?

JC.— La explicación es relativamente simple. A partir de mi primer viaje a Cuba, con todos los problemas, las tensiones y los altibajos, encontré por primera vez en mi vida un pueblo con una increíble sensación de alegría por el hecho de ser dueño de su destino, de participar de una manera directa en la construcción de su propio país. Fue entonces, al juntar lo que leía con lo que me ofrecía la experiencia cotidiana en Cuba, que creí lo que sigo creyendo, que la vía socialista, bien encaminada, sin deformaciones, sin caer en los excesos que conocemos de sobra, es el camino más positivo que hasta hoy ha encontrado la mente humana para resolver el problema social en el siglo XX. Vivo en un país capitalista, y visito con frecuencia muchos de igual signo, y veo el clima de angustia permanente en que vive incluso la gente que se cree feliz, feliz a contrapelo, y advierto ese sentimiento de culpabilidad que se da entre los poseedores, que saben que su riqueza tiene que pagarla alguien, en algún sitio. Eso cada día lo soporto menos. La verdad es que ya no lo soporto. Y ahora que he estado en Cuba un mes y he visto una vez más a ese pueblo que de una manera más o menos ingenua, más o menos informada, tiene la inmensa alegría de estar colaborando todos los días en una lucha común, sé que cuando vuelva a París voy a sentir más que nunca la frialdad del individuo que sólo piensa, a lo sumo, en su familia. Ese es el grado máximo de dilatación de su diámetro de generosidad. Allí termina todo porque después de su familia comienza el enemigo. De alguna manera los demás son enemigos.

EC.— A varios años de distancia del Caso Padilla, de ese caso que dividió a los intelectuales de América Latina y Europa, con la objetividad que da la distancia, y teniendo en cuenta lo que tú dices, que a veces metes la pata, ¿crees que te equivocaste en ese asunto?

JC.— No, no lo creo. Creo que hubo una serie de graves malentendidos de un lado y del otro, pero sigo pensando que la inquietud inicial se fundaba en razones legítimas, se fundaba todavía en cariño, en amor, en solidaridad. Entonces ese primer movimiento de inquietud frente a lo de Padilla me parecía legítimo. Lo que no me pareció legítimo fue cuando se convirtió en la famosa carta de los 61. Es decir cuando se convirtió en una toma de posición autoritaria, insolente y paternalista. Eso de ninguna manera se podía autorizar a personas que nada tenían que ver directamente con la Revolución Cubana y que no tenían el menor mérito salvo el de haber vivido, en La Habana, en el Hotel Nacional. Hubo malentendidos y equivocaciones, repito, por ambos lados.



Con alguna frecuencia, y es algo que les digo a mis compañeros cubanos, a veces y ante determinadas situaciones críticas, Cuba olvida un poco, durante cierto tiempo, el hecho de que hay una fachada exterior de la Revolución que exige una buena información para todos aquellos que aman a esa Revolución y que del otro lado de un mar o en una tierra distante siguen de cerca ese proceso. Cuando los cubanos guardan silencio, se generan los malentendidos y los adversarios los aprovechan. Eso pasó exactamente en Europa. Mientras la Embajada Cubana no daba información, que numerosas personas pedían cotidianamente, la prensa enemiga empezó a inventar. Por ejemplo el señor Juan Arcocha publicó un artículo en el que decía estar convencido de que Heberto Padilla había sido torturado. Eso se publicó en el diario *Le Monde*, y fue leído por miles y miles de personas. La Embajada Cubana guardó un silencio total. Eso desencadenó, comprendes, un problema que nos llevó a escribir la primera carta, la que yo firmé, que era un pedido de información, de compañeros a compañeros, y que fue mal recibida. Yo lamento que haya sido mal recibida, tal vez debió redactarse de otra manera, no lo sé.

EC.— ¿Quién redactó esta carta, quién proporcionó las ideas?

JC.— No tengo la menor idea. Tu sabes cómo funcionan esas cosas. La gente se reúne, el teléfono funciona, alguien hace la redacción final, a la que se agregan frases de última hora. Además era una carta muy corta, de cuatro líneas.

EC.— La segunda tú no la firmaste.

JC.— Claro que no, tampoco firmé la primera versión de la primera, que era ya un poco como la segunda. Esto no lo firmo, dije. Yo firmo únicamente un pedido de información. Es, creo, un derecho ganado.

EC.— Mientras bastantes escritores aprovechan el Caso Padilla para hacer anticomunismo, anticastro, tú reaccionas de otra manera y escribes un hermoso texto. ¿En ese texto explicas tu actitud?

JC.— Ese episodio me costó una enfermedad física, un estado de angustia cotidiano. Yo no podía quedarme callado. No podía dar siquiera la impresión de que mi silencio significaba, aunque no hubiera firmado la segunda carta, una complicidad tácita con quienes la habían suscrito. Ese texto, esa política "La hora de los chacales", esa especie de poema, salió como un vómito, esas cosas que uno grita, que no hubiera gritado delante de Haydeé Santamaría.

EC.— ¿Cuál era tu estado emocional, político, cuando escribiste ese texto?

JC.— Yo nunca creí que a Padilla le sucediera nada serio. En ese sentido no tenía ninguna inquietud. Mi estado emocional provenía del hecho de asistir a una confabulación contra la cual no tenía armas.

EC.— ¿A qué se deberá que una serie de personas brillantes, inteligentes, que durante un momento coinciden con la Revolución Cubana a partir de este hecho se separan y comienzan a emitir declaraciones ambiguas o malintencionadamente inexactas?

JC.— Esta entrevista no supone un análisis individual de esos casos, pero puedo imaginarme a quienes te refieres, porque es gente a la que he tratado. A mí me parece que, en general, los intelectuales europeos que estuvieron en

Continúa 33

Cuba y se entusiasmaron con lo que les mostraron, al volver a Europa hicieron lo que hizo Karol en su libro. Se fabricaron la idea de lo que debería de ser la Revolución Cubana para que ellos estuvieran contentos, sin tener nada que ver con la Revolución, sin adentrarse en la lucha, en las dificultades de la vida diaria. Desde sus despachos o estudios, en París, estaban fascinados por la existencia de una Revolución que, por fin, les confería una especie de paraíso a la distancia. Cuando ocurre un episodio que muestra evidentemente que en ese paraíso hay problemas, a esa gente se le cae el mundo, lo cual prueba su estupidez y su ingenuidad. Actuaron así en vez de darse cuenta de que la Revolución Cubana es una revolución hecha en el Tercer Mundo, por un país subdesarrollado que sufrió el peor bloqueo de la historia, y que, como cualquier revolución, padece tropezones. Yo desconfiaría de la Revolución Cubana si fuera perfecta. La perfección me huele a asepsia, me huele a que algo no anda bien. La perfección no es una ley humana. Entonces, a esos altibajos de la Revolución Cubana, en vez de entenderlos como había que entenderlos, les aplicaron su modelo europeo, que les indicaba lo que ellos querían que fuese la Revolución, y eso fue lo que escribieron a Fidel: Señor Fidel Castro, la Revolución Cubana tiene que ser así y no así, tiene que hacer esto y no esto. Fidel Castro no les hizo caso, y tenía toda la razón. Lo malo es que allí caímos todos en la volteada, pero no importa, en definitiva el trigo malo se separa del bueno.

EC.— Tú dijiste, en Caracas, que si Cámpora te hubiese ofrecido un puesto diplomático lo hubieras aceptado, pero que si en cambio te lo propusiera Videla lo rechazarías.

JC.— Videla y todos los gobiernos precedentes y posteriores a Cámpora. Perón, Isabelita y, antes, Levingston, Onganía, Lanusse.

EC.— A ti, en algún momento, el gobierno argentino ha tratado de comprarte.

JC.— No, Jamás.

EC.— ¿Y por qué crees que no lo ha hecho?

JC.— Es un problema que no me he planteado. Te contaré algo que parece una broma. Cierta persona dijo que yo, el pobrecito de mí, estaba jodido porque no era militar, que yo atacaba a los gobiernos militares argentinos porque la vida no me había permitido ser militar. Y como no pude serlo, me convertí en escritor.

EC.— ¿Cuál podría ser, dadas las condiciones actuales, el futuro inmediato de la Argentina?

JC.— Te voy a contestar con un mal chiste. Si tú me pidieras que te enseñara el japonés, creo que estaría en mejores condiciones que para explicarte el problema argentino actual. A mí lo que me angustia es, como buen escritor, un problema de tipo semántico, un problema de vocabulario. Se tiene la impresión de que desde hace un par de años en la Argentina, y fuera de la Argentina, nadie sabe qué quiere decir peronismo y qué peronista. Muchos de los enfrentamientos y muertes violentas se han cometido, por ambos lados, al grito de viva Perón. Es evidente que, por ejemplo, cuando liquidaron a Rucci, secretario de la CGT, si Rucci hubiera tenido la oportunidad histórica de decir sus últimas palabras, hubiera gritado viva Perón, y era a nombre de un peronismo de izquierda que asesinaron a Rucci. Lo tremendo es que la con-

tusión en torno a la palabra peronismo refleja la cular la en mi país. Nunca se pudo hablar mejor del caos que en la a

EC.— ¿Cómo crees que se podría salir del caos? al mex

JC.— Yo personalmente creo, conoces mi mane luido los salida sería una vía revolucionaria. No creo ya que vía reformista, una vía electoral, que me parecen diciones de ahora, pudieran sacar a la Argentina dperime de tipo revolucionario exige condiciones...

EC.— ¿Y existen esas condiciones? grafía 9

JC.— No olvides que desde hace muchos años fal a Clíni a Artista justo que conteste maniqueamente sí o no. Una op están dadas con la suficiente amplitud. Es decir qorta. valiente y denodadamente por convertirse en puntas pero no tengo la impresión de que exista un puente (una enorme masa que se mantiene todavía en una diferente o engañada.

EC.— ¿Qué opinas globalmente de lo que ocurre en Cienti

JC.— De ninguna manera puedo hacer un anáco.

grado de fundamento histórico. Yo te contestaría A Ajedre momento en que todo, o casi todo, parece que anda m bres.

que hay una escalada de terror, y en que el imperial que son decisivas para él después de Vietnam, de

cosas, yo curiosamente tengo menos pesimismo que le cinco

pasado estuve un par de meses en los Estados Unide de en

del que no se habla suficientemente, porque a ellos n

profunda crisis, el resquebrajamiento que sufre nue

que los Estados Unidos atraviesa por una crisis muy

moral, de conciencia, por lo de Vietnam y ahora se

Cuba. Es el peso pesado a quien varios pesos mosca

terribles palizas, y él no está habituado a ese trato. Eixpan,

segundo lugar padecen una crisis de liderazgo. Pien,éxico 7

amenaza la posibilidad de ser dirigido por Ronald F e 9:00 a

ven amenazada su supremacía mundial y necesitan el: 564-

pacífica con la Unión Soviética. Estaban habituados a

y ya no lo son. Suma a eso que nosotros en América

resistimos y vamos a seguir resistiendo.

EC.— Julio Cortázar, en 1976, en el mes de junio, ¿A DI

JC.— Julio Cortázar en junio de 1976 es un hombre

plir sesenta y dos años. En lo que me queda de v

América Latina de la pesadilla en que se encuentra. C

za, y probablemente moriré antes. Quién sabe, tal ve

ción, pese a lo que imaginan los pesimistas. formak

EC.— ¿No crees que desde un punto de vista egoista

horas en las que pudiste echar a vivir personajes y con

JC.— Desde luego. Creo que si la política no me

como tú dices, tal vez hubiera podido escribir un par de So

EC.— ¿Estás contento de no habértelos escrito? DICION

JC.— Si, estoy contento en la medida en que otras

podido quizá ayudar en otros sectores de lucha que no

telectual o el literario. De modo que si se toma en cues

tengo por qué lamentarlo.

EC.— Julio Cortázar es sinónimo de antivedetism

cobran lo que hacen por sus semejantes en publicidad pe

nunca has aprovechado esas tareas en beneficio propio.

JC.— No sé a qué se deba, pero forma parte de mí m

cluso si la vida y mi sentido de la responsabilidad no me

campo de la lucha política, es decir si yo siguiera siend

escritor puro sería también un hombre de lo más anóni

que casi no haría ruido. Mi conducta no cambia. En e

todo lo que sea vedetismo.

EC.— Si no hubieras tenido las vivencias y experien

todos los órdenes, ¿quién sería Julio Cortázar y cómo ser

JC.— No sé. La única respuesta válida sería extrapi

ciendo en el momento en que empezó la crisis de concii

tica, y entonces pienso que hubiera continuado por esa

teraría, de experimentación literaria y hubiera escri

Rayuela. Diferentes, sin duda, porque no me gusta repeti

EC.— ¿Qué libros pensados quedaron en el tintero?

JC.— Ninguno, porque mis libros no los pienso. Ellos

que parezca casi una frase borgeana. Mis libros me u

para escribirse a sí mismos.